

La oposición a Chávez

Entre los votos y el palo a la lámpara

Vladimir Villegas*

Los hechos le han demostrado a la oposición que, más allá de los reclamos, justos o no, con respecto a las reglas de juego político, le resulta más provechoso el camino democrático y de participación electoral que la búsqueda de atajos golpistas o similares. Pero ello no quiere decir que no siga latente el peligro de que resurjan las corrientes proclives a un Plan B. Esa es parte de la eterna contradicción de los factores que la componen.

La oposición al gobierno del presidente Hugo Chávez es hoy un variopinto conglomerado de grupos políticos, ciertos medios de comunicación, factores empresariales, estudiantiles e individualidades que no tiene hasta ahora un proyecto de país capaz de aglutinarla de forma homogénea, luego que decidiera apostar por el camino electoral y rechazar, quien sabe si por ahora o por siempre, cualquier atajo hacia el poder.

Más allá de las denuncias que viene haciendo el Gobierno en torno a un presunto plan magnicida, la absoluta mayoría de los diversos componentes de la oposición está hoy comprometida en la búsqueda del favor popular, de cara a unos comicios regionales y municipales de suma trascendencia para el futuro político de Venezuela. Obviamente, no se descarta que algún sector pueda estar pensando o tal vez trabajando para un eventual palo a la lámpara, en cualquiera de sus manifestaciones, pero de allí a asegurar que se trata de una estrategia totalmente compartida por la generalidad de la oposición hay una larga y clara distancia.

Y aquí es pertinente precisar la importancia que tiene una correcta caracterización de la oposición venezolana. No basta y no es la verdad decir que toda la oposición o la mayoría pretende el derrocamiento violento del Gobierno, la ejecución de un plan para asesinar al Presidente o la instauración de un régimen de corte fascista para entregar la nación a los designios de los Estados Unidos. De ser así, y pese a lo que se viene escuchando a líderes prominentes del chavismo, comenzando por el propio jefe del Estado, la cosa sería sencilla de resolver. Pero no es el caso.

Al comienzo de la gestión del presidente Hugo Chávez, la oposición, conformada fundamentalmente por los viejos partidos, derrotados y humillados, hipotecó su discurso y su acción política a las determinaciones del sector empresarial y de algunos propietarios y directivos de medios de comunicación social privados. Esto no es mero discurso. El protagonismo de facto-



res mediáticos en el accionar opositor quedó en evidencia desde que comenzó el proceso para la redacción de la nueva constitución. Los viejos partidos AD y COPEI quedaron prácticamente borrados del mapa y sólo algunas individualidades bien posicionadas lograron el apoyo de los electores para formar parte de la Asamblea Nacional Constituyente, incluidos algunos sobrevivientes de las viejas maquinarias.

En los difíciles tiempos que marcaron el período entre 2001 y 2004 Fedecámaras, una CTV que aún hacía alarde de cierto poder de movilización, la llamada meritocracia petrolera, sectores del magisterio y de las universidades y, por supuesto, una poderosa alianza de propietarios y directivos de medios de comunicación devenidos en nuevos actores políticos ocuparon el rol que tradicionalmente le corresponde a los partidos. No faltó tampoco la aparición del factor militar, que se expresó no sólo el 11 de abril de 2002, sino en episodios posteriores, como la conversión de la Plaza Altamira en el catalizador de la estrategia opositora.

Por fortuna para los venezolanos y venezolanas, de cualquier signo político, el episodio trágico de militares alzados en una plaza, dirigidos por generales y coroneles alojados a todo trapo en un lujoso hotel de la zona, no pasó de allí. El radicalismo opositor, sustentado en un nuevo caudillismo militarista, tuvo su fin de fiesta, y poco a poco los factores partidistas recuperaron parte de la iniciativa y de la audiencia perdida. Sectores de clase media, poco dados al accionar político directo, fueron encantados por la fácil consigna "Chávez vete ya". Se autoemboscaron con la locura de las guarimbas, hasta que se cansaron de respirar el humo de los cauchos quemados.

Una vez que despertaron del sueño inmediatista y aventurero fueron ganados por la posibilidad de derrotar al Gobierno por la vía del referendo revocatorio, devenido en ratificadorio, a decir por los resultados favorables al Presidente. No obstante, el sentimiento opositor se expresó en poco más de 4 millones y medio de votos, lo

cual comenzaba a indicar un camino a seguir, pese a que luego el Gobierno obtendría otra victoria en los comicios regionales y municipales.

El abstencionismo, desde esos días, ha sido un mal compañero de viaje para la oposición, prisionera de su propio discurso. Por ejemplo, los cuestionamientos al Consejo Nacional Electoral contribuyeron a generar desconfianza y desesperanza en los ciudadanos movidos por un sentimiento anti gobierno. Allí hizo de las suyas el sector partidario del camino no electoral.

El nuevo desafío comicial se convirtió en el peor traspie opositor. La no participación en las elecciones para escoger a la nueva Asamblea Nacional dejó el camino abierto a las fuerzas identificadas con el presidente Hugo Chávez. Y la oposición se quedó fuera del foro político por excelencia. Ayuna de estrategia, sin una dirección política clara y sumida en sus propias contradicciones y en las mutuas acusaciones que fácilmente se cosechan en tiempos de derrota. Por esa circunstancia, entre otras que no son relevantes para este trabajo, se dividió Primero Justicia.

Nuevamente, ya en diciembre de 2007, la oposición fue llevada al terreno electoral por el Gobierno con la propuesta de reforma constitucional. Una vez más, surgieron las voces partidarias de no votar, de sabotear el referendo. Pero se impuso la línea participacionista y, para sorpresa, el abstencionismo afectó esta vez al Gobierno. La batuta opositora quedó transitoriamente en manos de un liderazgo estudiantil con fuerte apoyo mediático. Pero el día del resultado del referendo los partidos, viejos y nuevos, volvieron a tomar la sartén por el mango.

La base chavista que se quedó en su casa, en evidente rechazo a la propuesta, y cansada de la mala gestión de gobernantes locales y regionales, cambió el mapa. La oposición celebró como suya una victoria que en la práctica no tenía otro dueño que el pueblo chavista descontento y anónimo.

Los hechos le han demostrado a la oposición que, más allá de los reclamos, justos o no, con

...los cuestionamientos al Consejo Nacional Electoral contribuyeron a generar desconfianza y desesperanza en los ciudadanos movidos por un sentimiento anti gobierno. Allí hizo de las suyas el sector partidario del camino no electoral.



respecto a las reglas de juego político, le resulta más provechoso el camino democrático y de participación electoral que la búsqueda de atajos golpistas o similares. Pero ello no quiere decir que no siga latente el peligro de que resurjan las corrientes proclives a un Plan B. Esa es parte de la eterna contradicción de los factores que la componen.

El Gobierno del presidente Hugo Chávez también tiene su influencia en lo que allí ocurra. Hasta ahora la estrategia oficial ha sido rechazar cualquier posibilidad de abrir espacios para el diálogo con el sector democrático de la oposición, el cual, para mí, es ampliamente mayoritario. Es cuestión de opciones o de fuerza. El Presidente ha optado por acusarla de no renunciar al sueño golpista. Veremos qué dice el tiempo.

El resultado de las elecciones regionales determinará mucho de lo que va a ocurrir. Si la oposición sale fortalecida, será la ratificación de que lo correcto es combatir al Gobierno en el terreno electoral. Si, por el contrario, se materializa una clara victoria gubernamental, el desaliento puede cundir y servir de caldo de cultivo para que hagan de las suyas los nostálgicos de fórmulas insurreccionales, que nunca faltan, y que hoy están replegados, incluso metidos de lleno en la campaña para gobernaciones y alcaldías.

En medio de esta situación, la confrontación entre Gobierno y oposición ha estado ubicada en dos ejes. Para el Gobierno tratar de demostrar que la conducta opositora no es democrática y está encaminada a retomar el camino de la desestabilización a partir del triunfo que puedan obtener sus candidatos a gobernaciones y alcaldías, y en llevar a cabo, en cualquier momento el asesinato del jefe del Estado.

Mientras, la estrategia política de la oposición está basada en denunciar la corrupción, tomando como emblema el caso del maletín lleno de dólares, acusar al Gobierno de aplicar vía legislativa la reforma rechazada y tratar de poner en evidencia los lunares de la gestión pública en materia de salud, educación, control de la infla-

ción y desabastecimiento. Para variar, aún algunos medios siguen intentando imponerle la agenda a una oposición que todavía depende de ellos como el paciente conectado a una bomba de oxígeno y que no se atreve a respirar por su propia cuenta.

A todas estas, después de los resultados electorales se esperan nuevos acontecimientos que puedan mover el cuadro político. La oposición vivirá su proceso de pugna por definir el liderazgo entre sus diversos componentes y por tratar de alcanzar una estrategia única a mediano y largo plazo, mientras crece la expectativa por lo que pueda pasar en el seno del chavismo, que también tiene sus cuentas internas por ajustar.

Veremos bajo qué circunstancias le tocará a la oposición preparar el camino hacia su próximo desafío, las elecciones para la Asamblea Nacional, previstas para 2010. Y qué uso le da a la fuerza que pueda acumular en los comicios regionales. De nuevo, el juego apenas comienza.

* Periodista